

Selección de fotografías y poemas de *Lost City*

Traducciones de Jordi Doce

El poeta, traductor y crítico Jordi Doce ha reunido una antología literaria sobre la ciudad de Nueva York incluyendo a autores que van desde Edgar Allan Poe hasta Anne Carson, pasando por Whitman, Eliot, Auden, Ginsberg y también narradores como Isaac Bashevis Singer o Jack Kerouac y artistas como Willem de Kooning. La edición, bilingüe, se acompaña con fotografías de Eddie Williams y ha sido bellamente preparada por La Oficina Ediciones. Como dice su traductor y editor: "Una ciudad no es sólo sus calles y jardines, sus tiendas y fachadas, sus viejas estaciones de tren o sus hangares de extrarradio, sino también sus palabras, los libros que ayudaron a explicarla y retratarla, los personajes de ficción que vagaron por ella, las sílabas sonoras que la cantaron o contaron, la inmensa biblioteca de voces y experiencias y reflexiones que componen sus dobles de papel, las múltiples ciudades que llevan su nombre y que, nacidas a su amparo, rivalizan con ella hasta el punto de suplantarla en nuestra imaginación". Esta *ciudad perdida* construida en papel con palabras y fotografías nos invita a viajar por la frontera entre la ficción y la realidad.

Charles Tomlinson, "Sobre Manhattan"

Allá arriba en el aire
entre los iroqueses: no:
no nacen
hechos a las alturas:
su paseo entre vigas
es un aprendizaje, al fin
algo aprendido
tan seguro como el instinto:
a sus pies
pueden mirar, impresa,
la gaceta de la ciudad
con un solo rasguño donde tres
columnas, allí levantadas,
muestran que el Parque es obra humana:
envuelto y acunado por
las distancias de catenaria
de puente sobre puente
este lugar es tan real
como si fuera imaginario: pero
desde donde se encuentran
hay que leer con atención:
pues poner
un pie en mal sitio
es echar
más que un vistazo

y aunque
esta proximidad y esa distancia
no invitan a bailar, un baile
es lo que aguarda a nuestra mente
sobre Manhattan



Charles Reznikoff, "Seis poemas"

Por favor, no subestimes al estornino:
no tiene las hermosas alas del arrendajo;
y su canto,
por decirlo amablemente,
no es desde luego digno de elogio.
Pero las cosas le han ido bien,
su número crece,
y ha tomado posesión de algunos de los edificios más elegantes de la ciudad
para alojarse.

*

No debes suponer
que todos los que viven en la Quinta Avenida
son felices: he oído a las gaviotas chillar
desde el depósito de agua de Central Park.

*

Ah, el taladro
que perfora la acera
ahora,
y ahora de nuevo.
He aquí el ruiseñor
que canta en nuestras calles.

*

Un bosquecillo de árboles diminutos, ramas cargadas de bayas,
y, en su interior, el gorjeo constante de los pájaros.
De los árboles del parque, en este día frío y ventoso,
a falta de hojas
cuelgan papeles: tiras de papel sucio.

*

¡Escuchad!
La sirena del coche de policía,
y esa otra, la de los bomberos.
También nuestra ciudad tiene sus pájaros nativos.

*

Árboles jóvenes en círculo
con nuevas hojas que brillan
se inclinan suavemente;
tres rígidos tulipanes
con pétalos aún amarillos;
una paloma,
un gorrión,
y jirones de papel blanco.



Edgar Allan Poe, De una carta a *The Columbia Spy*, 27 de mayo de 1844

Cuando visiten Gotham, les aconsejo que remonten la Quinta Avenida hasta llegar al depósito de agua que está, creo recordar, cerca de la calle Cuarenta y dos. La vista desde el paseo que rodea el embalse es particularmente hermosa. Desde esa elevación se puede ver el embalse del norte en Yorkville y toda la ciudad hasta Battery, con una amplia porción de la bahía y de los largos brazos de los ríos East y Hudson. Sin embargo, tal vez se pueda obtener una perspectiva aún más excelente desde lo alto de la Torre de Balas blanca, semejante a un faro, que se yergue junto al río East, en la calle Cincuenta y cinco o alrededores.

Hace uno o dos días me hice con un esquife ligero y, con ayuda de un par de *palas* (como llaman aquí a los remos cortos), procedí a rodear la isla de Blackwell en un viaje de exploración y descubrimiento. El principal interés de esta aventura estaba en el paisaje de la orilla de Manhattan, que aquí resulta particularmente pintoresco. Las casas, sin excepción, son como de cuento, y antiguas. No se ha hecho nada muy moderno, consecuencia forzosa de la subdivisión de toda la isla en calles y pequeños solares. Observaba los espléndidos acantilados y los majestuosos árboles que me salían al paso casi a cada instante y no podía sino suspirar por su final inevitable; inevitable y rápido. Dentro de veinte años, o treinta como mucho, lo más romántico que habrá en este lugar serán gabarras, almacenes y muelles.



John Ashbery, "Desconocer la ley no es eximente"

Nos alertaron sobre las arañas y la ocasional hambruna.
Subimos al coche y bajamos al centro a ver a nuestros vecinos. Ninguno estaba en casa.
Encontramos refugio en patios diseñados por la municipalidad,
y al hablar evocamos otros lugares, lugares diferentes...
Pero ¿lo eran de veras? ¿No los conocíamos ya de antes?

En viñedos donde el himno de las abejas ahoga la monotonía
dormimos en busca de tranquilidad, sumándonos a la estampida.
Él se me acercó.

Todo seguía igual que de costumbre,
excepto por el peso del presente,
que arruinó el pacto que hicimos con el cielo.
En verdad, no había motivo para alegrarse,
ni tampoco necesidad de dar la vuelta.
Sólo por estar de pie ya nos habíamos perdido,
escuchando el zumbido de los cables encima de nosotros.

Guardamos luto por esa meritocracia que, llena de salvaje vitalidad,
había puesto comida en la mesa y leche en el vaso.
Con maneras descuidadas, barriobajeras,
volvimos caminando al cristal de roca primitivo en que él se había convertido,
todo preocupación, todo miedo por nosotros.
Descendimos con calma
hasta el último peldaño. Allí puedes lamentarte y respirar,
enjuagar tus posesiones en la fuente helada.
Ten cuidado tan sólo con los osos y lobos que la frecuentan
y la sombra que llega cuando esperas que amanezca.

